

JAIME ROCHA

EL MURO

TRAS EL TELÓN DE ACERO

PRÓLOGO DE MANUEL MOLARES DO VAL

«TODOS, EN LA INFANCIA Y AÚN HOY,
HUBIÉRAMOS QUERIDO SER AGENTES SECRETOS
COMO NUESTRO JAIME ROCHA».

DOBLE  IDENTIDAD

Prólogo

Seguramente a usted, y quizás como a la mayoría de quienes vivimos en este mundo, le hubiera gustado ser agente secreto. No solo en su infancia más creativa e intuitiva, sino también en sus sueños más libres e imaginativos de la juventud y de la vida adulta.

Sentir la emoción del peligro, conocer los entresijos de la política y del porqué de tantos sucesos que afectan a un país, muchos sangrientos, de ahondar en la verdad de lo que nos rodea: ahí está la base de nuestras quimeras.

Y tras conocer el porqué, y si se tuvo éxito en las pesquisas, encontrar cómo comunicarlas a quienes pueden y deben evitar lo trágico y asegurar a su vez la vida de quienes nos rodean.

Pocas experiencias son más gratificantes que la de ser agente secreto de verdad, al servicio de tu país y de tus conciudadanos. Evitar un atentado, saber si las autoridades de otra nación pretenden ser honestas en relación con la tuya, o si puedes corregir que sean injustos o agresivos para que no nos dañen.

Hay muchos casos reales de acciones de los agentes secretos españoles que han librado al país de situaciones gravísimas, que han salvado decenas o millares de vidas, incluso de guerras, gracias a

la buena información que los ponía con frecuencia en peligro de caer y morir en nuestra defensa.

A Rocha pudo haberle ocurrido en varias ocasiones como a los héroes del CNI (Centro Nacional de Inteligencia, heredero del CESID) asesinados en una emboscada de seguidores de Sadam Hussein en Irak el 29 de noviembre de 2003, cuando trataban de averiguar si el régimen contaba con armas de destrucción masiva y tenía vínculos con Al Qaeda, o a otros muchos héroes que siempre permanecerán en el anonimato.

Jaime Rocha, autor de *El Muro*, esta segunda novela que tiene usted en sus manos basada en su vida como miembro del CESID, se expuso a la muerte como ellos siendo Capitán de Navío de la Armada Española, la misma categoría militar que tenía el cinematográfico Agente 007 británico.

Aunque Rocha no era como Bond, James Bond, cargado de las armas más letales, rodeado de las mujeres más atractivas y de enemigos de existencia imposible. Rocha- Roig o Roig-Rocha era un espía en el mundo real que evitaba usar armas, aunque supiera cómo y cuándo hacerlo, que aplicaba su inteligencia y capacidad de deducción, y sabía dialogar con amigos e incluso con enemigos para extraer información útil para España.

Y aquí entra algo muy importante en el mundo del espionaje: su origen militar porque hasta hace muy poco tiempo la mayor parte de los agentes de inteligencia de todos los países del mundo salieron de esa carrera, aunque ahora hay también numerosos civiles de ambos sexos.

Porque son los que desde poco después de la adolescencia entran en las Academias Militares y aprenden sobre todo amor a la patria, a la Constitución y sus leyes, y juran su entrega y disciplina a unos valores, como el honor y la lealtad, que los civiles no solemos practicar tan estrictamente.

Es por ello que Jaime Rocha - Julián Roig en su primera novela —y en esta— expuso su vida en numerosas ocasiones para cumplir las misiones que la democracia española le encomendaba para el bien de todos.

Lo vivimos con él en *Operación El Dorado Canyon*, en realidad la narración de hechos reales, haciéndole creer a los sumamente sagaces espías y funcionarios libios que era un ingeniero español que colaboraba con las grandes y alocadas obras públicas que planificaba el dictador Muamar el Gadafi, todo ello tras el terrible atentado yihadista que provocó 18 muertos en el restaurante El Descanso, a 14 kilómetros de Madrid, cerca de Torrejón, el 12 de abril de 1985.

Se trataba de localizar para derrocarlo a aquel financiador de terroristas que habían provocado atentados con centenares de muertes en todo el mundo.

Una aventura emocionante y peligrosa, junto con otras también reales que recomiendo leer porque, aparte de conocer una parte del trabajo de un espía español, se descubre a un verdadero novelista.

En esta su segunda novela, *El Muro*, Julián Roig es agregado cultural español en la embajada de Praga, la antigua Checoslovaquia, hoy Chequia y Eslovaquia.

Allí vive el comunismo en su decadencia absoluta de los últimos 1980, pero con todo su eficaz sistema policial represivo y su pobreza, y hasta miseria y corrupción, frutos de ese sistema.

Rocha observa los primeros movimientos en contra del régimen checoslovaco, que se debilita día a día e informa de ellos al Gobierno, entonces bajo la presidencia de Felipe González, como lo estaba cuando «El Descanso», y siempre bajo las órdenes muy directas del mejor padre que tuvo el espionaje español, el General Emilio Alonso Manglano (Valencia, 13 de abril de 1926 - Madrid, 8 de julio de 2013), al que le dedica este libro, junto a su familia

y a los embajadores, Dicenta y Bermúdez, con los que trabajó en el país excomunista, artificialmente creado en 1918 tras la I Guerra Mundial, unido hasta 1993, cuando volvió al pasado de las Chequia y Eslovaquia independientes.

De aquellos territorios tan pobres a causa del comunismo, en 2021 la República Checa ha superado ya a España en PIB per cápita en paridad del poder adquisitivo, aunque solo fuera por 28 dólares (38.152 anuales frente a 38.128 anuales de España). Y ello porque su sistema económico es ahora mucho más liberal, atractivo y fiscalmente menos extractivo que el español.

Las aventuras del espía Julián Roig, no solo apoyando indirectamente el triunfo de los que serían los líderes de la «Revolución de Terciopelo», Vaclav Havel y Alexander Dubcek, son envidiables para quienes amamos las novelas de espionaje, con su misterio y en su resbaladiza relación con Erika, periodista checa que le ayuda cargada de miedo y reticencias, pero también de ilusión por el futuro de libertad de su país.

Con ella sufre un intento de asesinato al tratar de descubrir una venta de explosivos a ETA que finalmente llegan a España, donde debe seguirse la angustiada búsqueda del contenedor y de los terroristas que los transportan; y no sigo porque esta novela debe leerse, diría beberse, con fruición, de principio a fin.

La novela desvela también cómo el contraespionaje en el que participa Roig-Rocha desarticula una célula de la STASI, terrible policía secreta de la Alemania comunista que espía una base estadounidense en España. El agente alemán, de origen español, tuvo muy mal final, y no provocado por el CESID, sino por su propia agencia.

Antes escribía sobre el Agente 007, fruto de la imaginación del británico Ian Fleming (1908-1964) que, como su James Bond, fue militar y espía durante la II Guerra Mundial. Escribió doce novelas y siete cuentos sobre su personaje que no solo cautiva-

ron a unos cien millones de lectores, sino a muchos más amantes del cine que vieron sus múltiples aventuras, algunas basadas en hechos reales, aunque la mayoría imaginativas; todo ello porque el género literario y cinematográfico del espionaje nos atrae y subyuga, y es una rama de la ficción, a menudo real, que ya tiene muchos años en el mundo anglosajón y en el de la antigua URSS.

Entre los grandes escritores de espionaje contemporáneos destaca John Le Carré, pseudónimo del también británico David John Moore Cornwell (1931-2020), en cuyo honor se ha creado en España un club con su nombre formado por espías de verdad y novelistas de espionaje en el que, naturalmente, está Jaime Rocha como miembro del Comité de Dirección, que acoge además a la editorial Doble Identidad, que ha editado hasta ahora *Operación El Dorado Canyon*, además de *El Muro* y tiene en proyecto, si no publicó ya, *Vía Muerta*, de Fernando Martínez Laínez y *El hombre de Tánger*, de José Luis Caballero.

No debemos olvidar tampoco que en los últimos tiempos han surgido agentes o exagentes del CESID, o desde 2002 del CNI, autores o confidentes de novelas basadas en hechos reales como las de Rocha-Roig. Dos ejemplos son *El agente oscuro*, firmado por Ignacio Cembrero, al que un espía anónimo narró con gran verosimilitud datos sobre su trabajo en el CNI, y *El alma de los espías*, escrito por uno de ellos, oculto bajo el pseudónimo de Pablo Zarrabeitia, que narra cómo un agente español se pasó al lado oscuro poniéndose al servicio del espionaje ruso.

Poco a poco comienza a despertar en España esta parte de la literatura basada en hechos reales, en ese mundo nebuloso y lleno de misterios, de peligros, sospechas y raras certezas, tan hermético que hasta la familia más íntima no sabe la realidad del personaje, que es espía de sí mismo.

Empezaba este prólogo afirmando que todos, en la infancia y aún hoy, hubiéramos querido ser como nuestro Rocha-Roig; y además vivir sus aventuras, como él, para contarlas.

Manuel Molaes do Val.

Excorresponsal de la Agencia EFE en México, Bruselas —ante la UE y la OTAN—, República Popular China y EE.UU. Autor desde 2001 hasta mayo de 2019 de las “Crónicas Bárbaras”, publicadas diariamente en decenas de periódicos españoles y americanos.

Algunas consideraciones previas

La novela que tiene en sus manos, apreciado lector, es una continuación de Operación El Dorado Canyon publicada en mayo de 2020, en plena Pandemia del Coronavirus. La aceptación que tuvo la primera me animó a narrar, de forma novelada, algunas de las experiencias y trabajos de mis veintiocho años en el Servicio de Inteligencia Español, CESID hasta que en 2002 pasó a denominarse CNI.

También en 2020, un compañero, cuyo nombre oculta tras un seudónimo, al estar aún en activo, publicó la novela El alma de los espías, sobre una operación de contrainteligencia llevada a cabo, con éxito, por el departamento de Seguridad Interna y el protagonista, Oficial de Inteligencia del CNI. Poco antes el periodista Ignacio Cembrero escribió el prólogo de la obra anónima El Agente Oscuro sobre actividades de lucha contra el terrorismo yihadista de nuestro Servicio de Inteligencia.

En el prólogo de El alma de los espías, firmado por Elena Sánchez Blanco, la que fuera Secretaria General del Centro, añora la existencia de una literatura elaborada y publicada por agentes o ex agentes, basada en vivencias propias o ajenas que no

revelen nada que no deba ser revelado, pero que trasladen a los ciudadanos españoles, sin engaño ni exageraciones, la realidad de un magnífico Servicio de Inteligencia que vela constantemente por su seguridad y sus intereses.

Como decía en mi primera novela, ese es el principal objetivo de estas publicaciones, como lo es el de la Asociación de Ex Miembros del Servicio de Inteligencia Españoles (AEMSIE) a la que pertenezco.

Los hechos que narro aquí, son, como ocurría en mi primera novela, realmente ciertos. Todos ocurrieron, si bien se han novelado, se han cambiado nombres de personajes y circunstancias de lugar y tiempo para no hacerlos identificables, sin revelar nada que pueda comprometer a personas o instituciones.

Como dice José María Caldentey para definir la novela histórica: «Bajo la denominación de Novela Histórica se engloban novelas que solo tienen en común el hecho de situar su acción en épocas distantes, relatos de muy diversas tendencias y estilos... combinando una serie de historias imaginarias con acontecimientos históricos respetando la cronología y los hechos comprobados, creando un marco histórico consistente que no sea simple telón de fondo e imaginar, pero no inventar».

En muchas de mis conferencias, sobre los servicios de inteligencia, hablo de los distintos trabajos que los agentes desempeñan en función de sus características personales y formación y que es muy distinto el trabajo de un analista de inteligencia que el de un técnico informático o un agente de campo. Es a estos últimos a los únicos que cabría aplicar el calificativo de «espía» en el más estricto sentido de la palabra. Yo reivindico ese nombre y me baso en una definición que, ya en 1976, en su obra *La Guerra de los Espías* (Editorial Bruzera) daba el escritor Domingo Pastor Petit. Dice así: «Este oficio gris, frío, mal compensado y compañero cierto de la angustia, que precisa nervios de acero y tesoros de inteligencia deductiva e intuitiva».

ción, recluta lo más selecto de sus artesanos en las filas de los idealistas. Si, hay que repetirlo: de los idealistas...esos hombres (y mujeres, añadido) cuya fe mueve montañas y que suelen ser capaces de sacrificios inenarrables».

Incluyo también en esta obra la foto del monumento erigido en memoria y homenaje a los compañeros muertos en Irak en una emboscada y unas fotos personales relativas a lo aquí narrado, que servirán para ilustrar algunos de estos hechos.

No quiero extenderme ni revelar algunas de las claves de esta novela, pero si quiero animar a antiguos compañeros y actuales miembros de La Casa a dar un paso adelante y narrar para nuestros compatriotas, con humildad y realismo, lo mucho que habéis hecho por ellos. Yo lo sé y ellos merecen saberlo.



Monumento en la sede del CNI a sus agentes asesinados en Irak el 29 de noviembre de 2003.

EL MURO

Capítulo I

Doble identidad

Los cambios frecuentes de personalidad suponían siempre un riesgo añadido pero necesario. Según cada circunstancia, el país al que debía viajar y la misión a desempeñar, la personalidad tenía que estar muy bien escogida y, desde luego, tan cuidadosamente argumentada que no permitiera ningún fallo que pudiera tener muy malas consecuencias.

Cuando iba a la Comisaría Central de Documentación, en la calle Maldonado de Madrid, al policía encargado de estos trámites le entregaba dos fotografías tamaño carné en las que apenas había variaciones significativas, quitando un poblado bigote o una cuidada barba de pocos días en contadas ocasiones.

De un viaje a otro, las diferencias eran mayores en lo referente al nombre y, sobre todo, profesión u objeto del desplazamiento. Lo de turismo se podía emplear de vez en cuando, pero normalmente resultaba bastante evidente que ese no era el motivo del viaje, al igual que cuando en la Embajada te presentaban como agregado cultural.

Procuraba siempre elegir nombres conocidos por mí, aunque mezclando el nombre de uno con el apellido de otro, profesiones

de las que tenía algunos conocimientos, domicilios que previamente había visitado para cerciorarme de su existencia y características. Incluso, para simplificar al máximo el personaje, durante esos años prescindí de anillos, cadenas y cualquier objeto que sirviera para aportar datos sobre mi verdadera identidad, estado civil o creencias religiosas.

Lo que no hacía nunca era repetir personalidad o frontera. Un avión a Casablanca, en coche por Ceuta, en catamarán por Tánger, otro avión de Roma a Trípoli, o por donde la ocasión lo requiriera.

Los cambios de personalidad no solo se producían al viajar por el extranjero, también en España había que hacerlo, y aquí todavía era más comprometido. Recuerdo una ocasión en una cafetería céntrica y concurrida de Madrid donde dos personas me conocían con nombres diferentes. Tuve que marcharme con cualquier excusa antes de que ambos se percataran de mi presencia en el local.

En este trabajo todo es circunstancial y obedece al momento determinado en que se desarrollan los acontecimientos. Hasta la «amistad», cuando se alcanza tal grado en la relación personal, es fingida y de ninguna manera puede llegar a condicionar tu trabajo. Los sentimientos no cuentan, ni para bien ni para mal, y está absolutamente prohibido que estos, por muy sinceros y nobles que puedan parecer, se conviertan en un obstáculo para la misión.

Ese fue el caso de Muhammad Sayed. Nuestros primeros encuentros en Trípoli, su viaje de «negocios» por España recorriendo ciudades y empresas supuestamente de su interés, las conversaciones privadas y en «franca camaradería», el favor personal y el supuesto gran esfuerzo por mi parte para conseguirle el visado a Tel Aviv siempre tuvieron detrás, como una sombra in-

separable, la amenaza personal y hacia las familias si no se cumplía con lo establecido por alguna de las partes.

Sayed, cuando nos encontramos en el hotel Palace de Madrid e iba a hacerle entrega del pasaporte y visado para su viaje a Tel Aviv y visitar, después de tantos años y quizás por última vez, a su madre y hermana, trajo a Carmen y Mamen unos regalos muy costosos, un frasco de perfume de marca muy acreditada y un precioso collar, respectivamente, que eran un mensaje directo y con la intención de advertirme: «Sé cuánto valen para ti estas personas, ten cuidado con lo que hacen conmigo tus amigos del Mossad o atente a las consecuencias».

Como estaba previsto, a su llegada al aeropuerto de Tel Aviv fue inmediatamente «invitado» a colaborar con los dos servicios de inteligencia que habíamos montado la operación. Así tuvo que hacerlo durante algún tiempo hasta que su jefe, Al-Senussi, descubrió cuál había sido el precio del viaje para ver a su familia y decidió acabar con su vida y la mía, como responsable directo de su captación, de forma contundente en el atentado del restaurante El Descanso, cercano a la base conjunta hispano-estadounidense de Torrejón de Ardoz, en Madrid.

Conviene recordar este episodio porque la importancia del cambio de personalidad en cada viaje es trascendental y las consecuencias pueden ser fatales de no hacerlo bien y con las máximas garantías.

Mi salida de Trípoli, cumplida la misión de localizar a Muhammad el Gadafi, fotografiar la artillería antiaérea y los daños causados por el bombardeo de la operación El Dorado Canyon, resultó accidentada por un motivo similar a lo que venimos tratando: mi viaje como ingeniero de una empresa española con intereses en el país no se correspondía con el de empleado de banca «amigo» de Al-Senussi y Muhammad Sayed, a quien ambos, con la colaboración del imán Abū Jalid, trataban de convertir a la re-

ligión islámica y lograr mi colaboración con la, para ellos, justa lucha por la recuperación de los territorios ocupados.

Pasar de alto empleado de banca, conocido hasta por el propio coronel Gadafi, que trataba de venderles material de obras públicas para el gran proyecto del río artificial que trajera el agua a la costa, a ingeniero de empresa española en viaje profesional para visitar las instalaciones y el personal allí destacado era una transformación difícil de justificar ante cualquier interlocutor conocido de antemano. Para evitarlo, en el último momento, ya en el Aeropuerto Internacional de Trípoli, lo mejor que pude hacer fue cambiar el vuelo de Roma por el de Frankfurt y esperar, como observador escondido, a la desaparición del peligro.

Lo que no sabía entonces era lo que me esperaba al llegar de regreso a Madrid. Una nueva y urgente misión que tendría que ejecutar en un país diferente, donde, de nuevo, el cambio de personalidad iba a tener una gran importancia, como se verá más adelante.

Sin embargo, para no confundir al lector, prescindiré, hasta donde me sea posible, de muchos cambios de nombre. Seré Julián Roig en gran parte de mis actividades y únicamente Jaime Rocha en Praga, donde el Ministerio de Asuntos Exteriores español me acreditaba como diplomático no solo a mí, sino también a mi familia, con nuestros verdaderos nombres.

La operación de captación de Muhammad Sayed no fue la única que realicé con el Mossad; ocasión habrá de reseñar alguna más de aquellos años. El grado de colaboración entre ambos servicios era muy alto y, personalmente, la relación con el representante del servicio israelí en su Embajada e incluso con su familia era muy estrecha, hasta el punto de cederle algunas temporadas el uso de nuestra casa de veraneo de la Urbanización Vistahermosa, en El Puerto de Santa María, Cádiz.

El nombre de este Capítulo, «Doble identidad», obedece a esas situaciones en las que había que utilizar identidades distintas de la propia, lo que, por otra parte, es algo habitual en todos los servicios de inteligencia del mundo, especialmente si se trata de agentes de campo.

Cuando un servicio de inteligencia selecciona a un candidato para este tipo de trabajo, sin duda debe comprobar de forma fehaciente la capacidad personal para asumir estas situaciones, las cualidades que en su conjunto llamamos inteligencia emocional. Nada que ver con las que se requieren para hacer un trabajo de analista de inteligencia o un jáquer, que son muy específicas, pero radicalmente distintas.

Así pues, damos por establecida la frecuencia de mis cambios de identidad a lo largo de los muchos años de servicio en el Cesid y el CNI y cómo, ante situaciones de riesgo, fui capaz de mantener firmemente esas falsas identidades asumidas, que, por otra parte, eran desconocidas para la familia más directa, compañeros y amigos.
